

Curriculum vitae

Israel Alecxaí Yllades de la Fuente

... teniendo por mejor, en mis verdades,
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
En perseguirme, mundo, ¿qué intereses?

En un sentido de trámites laborales o académicos mi currículum es la página en blanco que más cerca tengas a la mano. Fuera de mi asistencia (virtual o diferida) a las actividades de *La torre del Virrey*, no he tenido una formación en contenidos de filosofía o literatura en una institución (en la carrera de historia obtuve un siete en la única asignatura de filosofía). Hice el bachillerato con la orientación de ciencias naturales porque quería entrar en una ingeniería, de la que deserté antes de terminar el primer semestre. Mis idiomas son poco latín y menos griego. Supongo que quizá, y solo tal vez, pueda decir que soy un licenciado en historia, que hice una tesis sobre las solicitudes de naturalización de afrodescendientes rechazadas en México entre 1921 y 1940. Ese es mi currículum, pero hablar sobre el curso de mi vida en torno a mi educación es algo distinto: un *curriculum vitae* sincero es hablar de las lecturas que me tomo en serio, dado que no me entiendo sin ellas.

La distinción consiste en la tendencia de exigir como currículum para el profesional en las humanidades una especialización institucional, que soslaya a los estudiantes que prefieran una educación universal y personal al no poder ser valorada por falta de certificados firmados por los doctores y directores. Aquí comienzan las aparentes paradojas, pues si bien lo único que habla de mí en un currículum son cien hojas de esa tesis, en realidad es el tema al que menos tiempo he dedicado en mi vida. Me sería más fácil extenderme en un currículum de turismo donde podría “presumir” de que tengo experiencia como recepcionista de hospedaje desde los catorce años, es decir, desde hace doce años, y otros diez como guía de turistas. También podría hacer un currículum de artista con diez años como malabarista y teatrero. O bien, en los últimos años me he visto en la circunstancia de hacer lo que se llama gestión cultural, la cual tiene mucho de gestión y nada de cultura. No obstante, esto me parece tan desacertado como pensar en sor Juana como una monja antes que como filósofa o en Roberto Bolaño como en su sucesión de trabajos precarizados en lugar de escritor.

Mi lugar en el mundo es cómodo y nunca he tenido la necesidad material como motivo para suspender mis estudios. Si bien “mis rentas” son

tan paupérrimas como las de D'Artagnan recién llegado a París, mis benefactores son mil veces más bondadosos que Ana de Austria o los cardenales. Gracias a familiares, amistades y parejas nada me falta.¹ Al igual que los mosqueteros, la fuerza se encuentra en emprender campañas junto a amistades, que no en soledad, y ahí comienza la política y la complejidad para quien decida estar en la *polis* y dedicar su vida a las humanidades o la cultura. Sor Juana vivió en una Nueva España marcada por la tensión entre la Iglesia católica y el Imperio español; entrar en el convento con las jerónimas implicó para ella un punto intermedio (quedarse con las carmelitas habría sido entregarse a la Iglesia, unirse a la corte pertenecer al Imperio). Su libertad para el estudio, la poesía y las epístolas estaba en el prestigio que podía conseguir para el convento a través del apoyo de la corte novohispana. De cierta manera esa ya no es mi circunstancia, pero de otra todavía lo es.

Mi circunstancia corresponde a la misma de Roberto Bolaño, el autor que decidió no ser un escritor chileno, ni mexicano, ni español (dijo que le habría gustado ser un autor boliviano, pero yo creo que le habría gustado solo en la medida en que no podía serlo). Me encuentro en una América fragmentada en Estados nacionalistas, donde la parte latina está llena de los cadáveres de jóvenes que, desde los años cincuenta, mueren por proyectos políticos que creían mejores que las dictaduras apoyadas por Estados Unidos e Israel (mi tocayo),² donde un imperio norteamericano retrasa la república americana. Específicamente en México, la misma maldad que recorría Europa con la *Shoah* y la Segunda Guerra Mundial se manifiesta ahora en los asesinatos sistemáticos de mujeres y el etnocidio. Ante esta situación, las humanidades, a través de la desobediencia civil, pueden moderar las desgarradoras ambiciones que han generado “un oasis de horror en medio de un desierto de aburrimiento”.³ Aquí se escriben los diarios del dolor, como el de María Luisa Puga, quien después de preguntarle al Sr. Dolor cómo era de chico, tomó la decisión final y le escribió a su ahora amigo:

Eso es lo que le estoy haciendo a mi escritura, querido y venerable amigo: la actualizo. Y en esta versión, la que contiene operaciones, tú resultas obsoleto porque, por un lado, todo va a doler, y por el otro, el dolor va a ser síntoma de curación, no de enfermedad.⁴

¹ Mientras escribo este texto lleno de imperfecciones pienso en, y doy las gracias a, Fernanda Arriaga, Ángeles Pérez y Rodrigo Calderón, que me han dado lo vital: techo, cama, huevo, libros de historia, leche, poemas, tiempo de estudio, garbanzo, recomendaciones de autoras, jitomate y conversaciones.

² Muchos de esos jóvenes metidos apasionadamente en política, los que no murieron, crecieron para ser los viejos del poema de Efraín Huerta: “A mis / Viejos / Maestros / De marxismo / No los puedo / Entender: / Unos están / En la Cárcel / Otros están / En el / Poder.”

³ Verso de Charles Baudelaire que Roberto Bolaño empleó como epígrafe de 2666, libro que a través de la biografía de Archiboldi traza las conexiones entre el horror del campo de concentración y de la ciudad feminicida.

⁴ Entrada 97: “Cuando los cambios se hacen reales”, en M. L. PUGA, *Diario del Dolor*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2020, p. 75.

El dolor, como la tristeza para Emerson, no tiene nada que enseñarnos y no define trágicamente la realidad. De lo que se trata es de convivir con nuestro dolor hasta que ocurra la transición de la herida a la sanación. Acercarnos a él de forma discreta pero decidida, como quien no quiere la cosa. He de vivir con el dolor de manera tan sabia como valerosa. Es así como el mundo de sor Juana es el mío: sus obras continúan con la misma fuerza intempestiva que provocó la indignación del clero. Sor Juana repitió el antiguo gesto filosófico de distinguir lo esencial de lo accidental o circunstancial, aunque nunca puedan separarse. El alma del cuerpo, la filosofía de la poesía, el Bien de la acción correcta. El estudio de la erudición. Sobre esta cuestión en particular nos advierte (de forma similar a Montaigne y a Nietzsche) que hay personas que con el estudio, en lugar de alimentar sanamente su alma, se indigestan. Incluso *acusa la hidropesía de mucha ciencia, que teme inútil, aún para saber, y nociva para vivir*, pues afirma “No es saber, saber hacer / discursos sutiles, vanos; / que el saber consiste solo / en elegir lo más sano”.

Ahora que sé la manera como debo orientar mis estudios para que realmente me eduquen ¿cómo estudio?, ¿qué estudio? Mis autores favoritos son aquellos que leen mucho y te recomiendan lo que les resulta más caro a su corazón, como Borges, como Platón. Pero sin yo conocer a nadie realmente, por casualidad Bolaño vino en mi ayuda con el método de lectura del detective salvaje, quien lee todo lo que encuentra, no por mero placer o erudición, sino porque hay problemas adentro y afuera de nosotros, ante los cuales hemos de medirnos en duelo donde estén: sea *al Sur* con los compadritos, sea al norte con los sicarios, o incluso en el centro con los académicos. Terminar en un campo de confrontación nos devuelve a todos en general a la *Ilíada* y a los filósofos en particular a la *Apología de Sócrates*. Ya que sería pedante ubicarme a mí mismo entre los segundos, me centraré en el primer libro.

La *Ilíada* es un libro lleno de duelos; en particular Aquiles atraviesa varios en los que siempre pone de relieve como lo más importante aquello a lo que sus pasiones le guían. Nos encontramos así con el duelo por la ofensa de Agamenón que inicia su cólera, después el duelo dialogado con los embajadores aqueos para que vuelva a la batalla, luego los duelos vengativos contra Escamandro y Héctor, el duelo por la pérdida de Patroclo y, finalmente, el duelo por la brutalidad que cometió y de la que se dio cuenta por su conversación con Príamo. El libro abre y cierra en ambientes funestos (una plaga y ritos fúnebres) y cuestiona constantemente si la vida de gloria breve y violenta es lo óptimo a lo que podemos aspirar. Creo que el libro nos exige ser mejores que el mejor de los aqueos. Esta interpretación está reforzada por las dos apariciones que tiene un muerto Aquiles en medio y al final de la *Odisea*, en las que se sigue cuestionando cuál es la forma correcta de vivir.

Pero ¿es posible superar a Aquiles? Sí, pero quienes lo han superado son quienes se toman en serio la filosofía. Me es difícil referirme a Platón ya que lo que sabemos de su vida es su obra. En cambio, es más accesible la *Anábasis* de Jenofonte. En los tres primeros libros el autor narra las desventuras que ha sufrido a raíz de preferir el ansia de gloria a la prudencia socrática. Después de una deliberación, Jenofonte termina como gobernador de una república andante (quizá esto sea lo más cercano que ha habido a un filósofo-rey, incluso

por encima del imperio de Marco Aurelio o el consulado de Cicerón). Tras la expedición de los diez mil, Jenofonte abandonó los discursos de las armas para decantarse por los de las letras, superando así a Aquiles.

A estos senderos me lleva la lectura salvaje. Actualmente, gracias a Luz María Loya Orellana, que lo ha hecho posible, tenemos un humilde seminario llamado Lecturas y Lectores de Cervantes. Lo realizamos en la Biblioteca Cervantina, perteneciente al Museo Iconográfico del Quijote, otrora la casa del exiliado Eulalio Ferrer. En el primer semestre vimos la continuidad del sueño como espacio educativo en la *República* de Cicerón con Escipión. Después, retomamos una parodia de este sueño que está en la aventura de Clavileño en *Don Quijote* (aunque el soñador que se educa es Sancho). En tercer lugar, como contrapunto, bajamos a un mundo ausente de esa posibilidad educativa con *Enrique VIII* de Shakespeare y cerramos ascendiendo de nuevo con el *Primero Sueño* de sor Juana. Una persona muy atenta me ha señalado que mi selección de textos esconde a Platón. Solo supe responder que es Platón mismo el primero que se esconde siempre. Sea como sea, ya veremos qué tal nos va en este nuevo semestre con Lisístrata, la pastora Marcela, D'Artagnan, Victor Frankenstein y la biografía de Orlando.

Ya me detengo, sobre todo por el miedo a ser una de esas personas que hablan más de lo que escuchan y escriben más de lo que leen. Para decirlo todo y de golpe, lo que más quiero es estudiar y vivir tan intensamente que un día consiga saber qué es el Bien y reconocerlo porque actúo en conformidad (pero ¿primero es la Verdad o el Bien?). CV: aprendiz de humanista.